
EDITORIAL

En la noche del 18 al 19 de este mes de abril culminamos la gran fiesta de Pascua —el Triduo pascual del Señor muerto, sepultado y resucitado—, inaugurada dos días antes con la celebración de la muerte salvífica y gloriosa de Jesucristo. Desde que, en el corazón mismo de aquella Noche santa, el presidente de la celebración, quizá con voz temblorosa y emocionada —o posiblemente sin advertir demasiado la extraordinaria importancia del momento, pues así de débil y pobre es, a veces, el espíritu humano— entonara el canto del “aleluya”, esta aclamación festiva no ha cesado de repetirse, domingo tras domingo, día tras día e incluso, en el Oficio divino, hora tras hora, alegrando con su mensaje el corazón de los fieles. El mes de abril nos ha llevado a las fiestas de Pascua y Pascua, a través de sus signos festivos, nos hace participar del gozo y de la victoria del Señor resucitado.

Pero no nos equivoquemos: “La Pascua actual es únicamente la sombra de la Pascua futura”, nos recuerda san León. Por ello precisamente continúa diciendo el gran papa del siglo V, “la celebramos no una sola vez, sino repetidamente año tras año porque con esta reiteración celebrativa queremos significar nuestro deseo de pasar de una fiesta anual, celebrada en el tiempo, a una fiesta que será única y durará eternamente”.

Como todos los años en la misa del día de Pascua —la que sigue a la gran Eucaristía nocturna de la Vigilia pascual, cénit de toda celebración eucarística— los que en la Noche santa nos habíamos alegrado ya ante el anuncio de la resurrección, escuchamos, en el evangelio, un enigmático y

sugestivo relato, inspirado no menos en la historia que en el deseo de transmitir un mensaje de fe y de amor, de fidelidad y de radical adhesión al Resucitado.

La peculiaridad literaria del cuarto evangelio dificulta distinguir con claridad en este relato entre lo que es recuerdo personal histórico y lo que constituye más bien simbolismo espiritual de una acción que sobrepasa, sin duda alguna, lo que podría ser mera narración anecdótica de un hecho vivido y recordado. Pero de ello no debemos lamentarnos: el autor del cuarto evangelio escribe no para un público simplemente curioso de noticias e indiferente ante la fe, sino para la Iglesia creyente. Y es precisamente como Iglesia creyente también como nosotros, al cabo de casi dos milenios escuchamos en cada mañana de Pascua esta narración.

Pedro y aquel discípulo “a quien amaba Jesús” encarnan dos realidades que continúan dándose en la Iglesia –siempre se darán– y que, lejos de ser antagónicas, son necesariamente complementarias: la del ministerio y la del amor, privado de responsabilidades visibles, cuya vida cristiana anónima en cierta manera, emula la del discípulo que, en el cuarto evangelio, aparece también en el anonimato, sin otro nombre que el solo apelativo “a quien amaba el Señor”. Uno y otro –Pedro y el “otro discípulo”– corren hacia el sepulcro y ambos alcanzan la meta de su carrera aunque posiblemente no con la misma plenitud de fe.

A la luz de este relato se ven cuan “in-significantes” y sin verdadero contenido cristiano son algunas reivindicaciones que en otros campos pueden ser muy legítimas, pero que en la Iglesia sólo sirven para desfigurar el rostro de la familia del Señor, como podría ser el deseo de que la mujer sea admitida al ministerio ordenado o como el de pensar que quienes ocupan determinados puestos o lugares eclesialmente más visibles, por este solo hecho, están más insertos en la Iglesia o viven más cercanos al Señor.

En una revista como *Oración de las Horas*, leída por muchos contemplativos que, anónimos en sus monasterios, corren como Pedro, como “el otro discípulo” y como toda la Iglesia hacia el sepulcro en búsqueda de una fe más ardiente, pueden ser muy iluminativas las “Reflexiones en torno a un

testimonio de la pascua de Jesús" que aparecen en este número de abril. El autor de este testimonio, encarna a la multitud sin nombre —es decir sin oficio ni responsabilidades visibles en la Iglesia— de aquellos que conocen desde sus puestos el amor y de esta manera son fuerza permanente de la Iglesia.

Además, en vísperas del Sínodo sobre los laicos, ver cómo un cristiano que ni es ministro ordenado, ni religioso, sino joven profesor de ciencias en un centro público de Barcelona y casado hace sólo unos meses, busca también él en la oración al mismo Señor hacia el que corre Pedro, y el "otro discípulo" y hacia el que tienden monjes y religiosos, ayudará a redescubrir que hay una sola meta común para todos los fieles —ministros ordenados, monjes, religiosos o laicos— y a constatar que, a la luz del evangelio, la única rivalidad justificable entre cristianos es la búsqueda por ver quien llega antes al sepulcro del Resucitado. **P.F.**

RUEGO A LOS SUSCRIPTORES

En sus avisos o notificaciones a nuestra administración, indiquen por favor, tanto su número de **código postal** (que tienen todas las poblaciones y figura en la dirección antes de las mismas) como su número de **código de suscripción** (número de cuatro o cinco cifras que hallarán ahora en el sobre en que reciben **Oración de las horas**, junto a su nombre, a la derecha). Así nos facilitarán nuestra tarea y se evitarán errores.